



*La marcha
libertadora de 1819*

Hernando Gaitán Linares

El panorama político y militar que precede a la campaña que habría de liberar a la Nueva Granada, no era propicio como para imaginar que este hecho tan trascendental en el devenir de las futuras repúblicas que habían de nacer bajo el imperio de las armas y la voluntad y entereza moral de sus pobladores, estuviera tan próximo; más bien, hacía suponer, que las condiciones y circunstancias eran del todo inciertas para los republicanos; en efecto, la Nueva Granada que había sido literalmente aplastada por las fuerzas realistas, y sus precursores y hombres notables pasados por las armas o condenados al exilio, sólo había logrado mantener un frente de resistencia en los Llanos Orientales, donde la naturaleza del terreno, los escasos recursos de todo orden y las enfermedades, obraban en favor de las partidas granadinas en armas. En Venezuela —a su turno— la presencia del General Morillo, militar prestigioso y veterano, en las contiendas de Europa, al frente de un numeroso ejército, bien pertrechado y organizado bajo el mando de expertos oficiales, era un adversario al cual no podían enfrentarse con éxito las improvisadas huestes patriotas.

Aleccionados por grandes experiencias y continuos fracasos, los caudillos de la revolución coincidieron felizmente en la imperiosa necesidad de organizar en primer término un gobierno que orientara políticas adecuadas de colaboración entre venezolanos y granadinos, para unificar voluntades y orientar acertadamente los desarrollos de una lucha organizada, condicionada a principios constitucionales y a normas de gobierno que imprimieran carácter democrático a todos los actos de su actividad emancipadora y a sus relaciones con sus países amigos de Europa y América.

Este objetivo tan esencial, gracias a la voluntad de sus compromisarios y representantes, orientados y dirigidos genialmente por Simón Bolívar, lograron en el congreso reunido en la localidad de Angosturas, constituir un gobierno formal presidido por Bolívar, con la vicepresidencia del granadino, Francisco Antonio Zea, que en opinión de los observadores, vigorizó el carácter nacional, y pudo así enfrentar a los peninsulares un estado de derecho capaz de adoptar a cabalidad decisiones políticas, gubernativas y económicas.

También se debatió en esta asamblea, sin resultados positivos, la iniciativa bolivariana de fundir a Venezuela y la Nueva Granada, en una sola nación.

Una vez dado el paso tan importante de constituir un gobierno compartido, entre los dos países, Simón Bolívar encausó sus energías al presente de la guerra. En tal virtud, congregados los comandantes más prestigiosos de los dos países, se debatió el aspecto concerniente al futuro teatro de las operaciones militares. Oído, este concepto autorizado, el presidente y director de las operaciones de guerra, el consagrado Libertador, Simón Bolívar confió al General Francisco de Paula Santander, que hasta entonces gracias a sus méritos personales había logrado mantener vivo el espíritu de libertad en los Llanos Orientales Granadinos desde cuando en el resto del país se había extinguido en 1816, el comando supremo de las fuerzas de Casanare. En tales condiciones, a él le corresponde el mando de la vanguardia del ejército, que según la decisión adoptada en el Llano de San Miguel, debía avanzar sobre la Nueva Granada.

En orden a sortear con éxito la misión que le fue encomendada, el General Santander procedió de inmediato a la organización de las fuerzas que le fueron asignadas dentro del plan acordado por el estado mayor que congregó Bolívar, para conducir las operaciones de guerra.



La vanguardia granadina, perfectamente organizada, se constituyó con un potencial de 1.200 hombres, entre infantes y jinetes, para concurrir al lugar de reunión con las fuerzas conducidas por Bolívar. Los efectivos de éste al emprender la marcha constaban de 3.900 hombres aproximadamente, distribuidos en cuatro batallones de infantería, Rifles, Barcelona, Bravos de Páez y la Legión Británica, más tres escuadrones de caballería, Húsares, Llano Arriba y Guias. Sus comandantes, Carlos Soubllette, José Antonio Anzoátegui, Juan José Rondón y Jaime Rooke, que estaban catalogados entre los mejores de un equipo forjado en el fragor de las grandes batallas que se libraron en Venezuela frente a Boves, Morales y Morillo. Sabedor el comando venezolano por informes de los oficiales de Santander, de la imposibilidad de emprender el avance a través de regiones propicias al despliegue de sus efectivos, por hallarse debidamente guarnecidos por las tropas realistas, se optó, después del consejo de comandantes, por encauzar la invasión de la Nueva Granada por el desolado y casi inaccesible Páramo de Pisba. Elegida así tan azarosa ruta, el ejército avanzó desde Mantecal para efectuar la conjunción con la vanguardia al mando de Santander. Los venezolanos en su avance habían ya atravesado el Arauca y penetrado en territorio granadino. El 17 de mayo se habían encaminado hasta Rincón Hondo, a orillas del Apure. Sin embargo, sólo hasta llegar a Guadualito el 3 de junio se dio a conocer a las tropas la hazañosa alternativa de transmontar los Andes para caer sobre la Nueva Granada.

Pese a las deserciones que provocó la noticia de transmontar la cordillera, las huestes venezolanas con el agua al cuello, pues el invierno estaba, en todo su rigor, atravesaron los Llanos hasta por fin llegar a Tame, donde se produjo el encuentro con la vanguardia granadina al mando del General Santander. Si el invierno había constituido su mortal enemigo, fue a la vez, sin embargo, su eficaz auxiliar, pues este desplazamiento, tan penoso y difícil, había servido para que los Generales Morillo y Barreiro no se enteraran tan pronto de la extraordinaria aventura de los republicanos.

A partir de Tame se multiplicaban las dificultades del ejército libertador. Debían, antes de emprender el tremendo ascenso recorrer aún el campo hacia Corozal, Chire, Brito, Pore y Nunchia, cuyos caminos no facilitaban el desplazamiento de la impedimenta, el equipo y los semovientes.

Al dejar atrás este último lugar, la vanguardia granadina se halló frente a Paya, posición fuertemente fortificada, aprovechando las condiciones ásperas y difíciles de su desplazamiento. Este importante bastión se había confiado a una guarnición que sólo se reservaba a 300 hombres, en la confianza, posiblemente, de que no estaría en la ruta de la ofensiva patria. Pese a la forma de sus reductos y fortificaciones, no logró sostener más de una hora el empuje granadino conducido hábilmente por el lugarteniente de Santander, Coronel Antonio Arredondo. Tan débil resistencia, debida tal vez a su escasa guarnición, sería el comienzo de los desastres militares del General Barreiro.

Este afortunado comienzo abrió a los republicanos el camino hacia Nueva Granada.

Pero antes de que se lograra tan ambicionado objetivo, debieron soportar las más duras penalidades en su ascenso a las cumbres Andinas. La caballería, que había sabido sortear por muchos días los barrocos pantanos y marismas del Llano, perdió una parte de sus efectivos en la vía pedregosa de la cordillera; torrentes embravecidos arrastraban todo lo que se oponía a su paso; el ejército debió abandonar gran parte de su impedimenta y equipo; el extremo frío afectó duramente a los llaneros, que fueron dejando en su tremendo avance numerosos cadáveres. Hasta los soldados europeos, acostumbrados a climas rigurosos, fueron también víctimas del frío y de las enfermedades. Más que un ejército en marcha las huestes patriotas semejaban una legión de vagabundos, desanimados e impotentes para luchar contra un ambiente hostil y deletéreo.

Al fin, cuando esta legión de desesperados logró alcanzar las alturas e iniciar el descenso, columbraron con felicidad y regocijo los pueblos y aldeas que se alcanzaban en la distancia ya próxima a alcanzar. Las gentes de estas poblaciones, especialmente Socha y Socotá, les brindaron su calurosa acogida y protección, alimentos y vestidos.

Una vez que el ejército se recuperó, sus oficiales emprendieron la tarea de reorganizar sus efectivos y la composición de sus cuadros. Alcanzado este objetivo, se reanudó la marcha dispersando a su paso los destacamentos realistas que ofrecieron muy poca resistencia, en su táctica de replegarse hacia el grueso de las fuerzas del General Barreiro. Así fueron expugnados Corzales, Gámeza y

otras localidades de menor cuantía. Por fin, con la moral muy alta avistaron los ricos Valles de Cerinza y Duitama, aptos para las operaciones de caballería. A continuación enrumbaron para flanquear el adversario que ya había tomado posiciones ventajosas en los alturones del Pantano de Vargas. Las formaciones republicanas que precedieron al encuentro disponían de los siguientes efectivos:

INFANTERIA

1- Cazadores	300
2- Primera Línea	400
3- Rifles	400
4- Barcelona	400
5- Bravos de Páez	200
6- Legión Británica	120
	<hr/>
	1.820

CABALLERIA

Guías, Lanceros y Dragones	300
	<hr/>
Total	2.120

Los realistas, que en su gran mayoría alinearon soldados de las diversas regiones de los futuros países bolivarianos, constaban de las siguientes agrupaciones:

INFANTERIA

del Rey	1.100
2° de Numancia	300
3° de Numancia	300
Tambo	900
	<hr/>
	2.600

CABALLERIA

Húsares de Fernando VII, Dragones y Granaderos	500
	<hr/>
Total	3.100

Las operaciones que se desarrollaron en el pequeño valle, cercano a la población de Paipa, constituyeron —a no dudarse— la principal batalla de la Campaña Libertadora. Los patriotas, que habían cruzado el río Sogamoso se situaron al mediar el 25 de julio de 1819 en el pequeño valle, enfrentando a los realistas, que ocupando las alturas circunvecinas, disponían de mejores posiciones.

En una obstinada y reñida batalla, con alternativas favorables de parte y parte, en las diversas fases del encuentro, se combatió por espacio de más de cuatro horas en la Loma del Cangrejo y en el Alto de la Guerra, mediante acometidas vigorosas de los republicanos para desalojar de ellas a sus oponentes, que al atardecer se habían logrado mantener sus posiciones, pese a los esfuerzos desesperados de las agrupaciones de Anzoátegui y Santander. Debilitadas las formaciones atacantes se vieron precisadas a ceder las alturas alcanzadas heroicamente, debido a un vigoroso contraataque enemigo, bajo la intensa lluvia que se desencadenó al aproximarse la noche.

Para culminar la que creyó Barreiro una segura victoria, lanzó su caballería para destruir a los republicanos en retirada. Fue entonces, cuando éstos, ante el inminente peligro, recurrieron a los escua-



drones de caballería llanera al mando de Rondón, que como un alud de lanzas y corceles, arrollaron a la caballería enemiga y la obligaron a emprender la fuga. El resto del ejército republicano secundó esta famosa carga de lanceros, lo que impuso la retirada de las deshechas huestes de Barreiro, que dejaron sobre el campo más de 500 muertos, y se perdieron bajo el manto protector de la oscuridad y la lluvia pertinaz. Los patriotas, pese a que estuvieron a la ofensiva en tan difíciles condiciones, solo registraron 100 bajas aproximadamente.

Aun cuando Barreiro, merced a la oscuridad, logró reunir a sus quebrantadas huestes, el destino de la Nueva Granada quedó sellado a partir de este día, pues mientras el vencido General vio cómo sus efectivos disminuían a cada instante por las desertiones, la falta de recursos y apoyo material, los patriotas incrementaron sus efectivos, provisiones de boca y equipos de guerra.

Convencido Barreiro de que esta derrota no le permitiría rehacerse y dando por seguro un posible desastre, trató por todos los medios de escapar hacia Santa Fe, para juntar su ejército a las tropas frescas del Virrey Sámano. Pese a la celeridad de su retirada, los republicanos que disponían de armas, nuevos efectivos y toda clase de recursos materiales, así como del apoyo unánime de los habitantes, se situaron el 7 de agosto de 1819 en el histórico Puente de Boyacá, donde interceptaron a las quebrantadas huestes realistas, que sin mayor resistencia se vieron precisadas a capitular, desde sus comandantes hasta el último soldado.

El 10 de agosto del venturoso año de 1819, penetraron a Santa Fe los heroicos ejércitos libertadores, después de haber asestado la más aplastante derrota al poderío español en la Nueva Granada.

Fue tan rotundo el triunfo de los patriotas, que el Pacificador Morillo escribió a este propósito: "Bolívar, en un solo día acabó con el triunfo de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquistó lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates".

La Batalla del Pantano de Vargas fue decisiva para la futura Colombia, en tanto que el descalabro de Boyacá fue su gran consecuencia para la futura libertad de las cinco repúblicas que nacieron de la gesta heroica de la Guerra de Independencia.